



ALEX NORTH

Hace quince años un psicópata conocido como el Hombre de los Susurros sembró el caos en el apacible pueblo de Featherbank.

Ahora, con el asesino entre rejas, el pueblo es un lugar seguro para que Tom y su hijo Jake, de siete años, empiecen de nuevo.

Hasta que otro chico desaparece. La historia parece repetirse. ¿Estará el asesino fuera? ¿Podrá Tom proteger a su hijo?

Para Lynn y Zack

[Disculpa]

Jake.

Hay muchísimas cosas que me gustaría contarte, pero hablar siempre nos ha resultado difícil, ¿verdad?

Por eso he decidido contártelo por escrito.

Recuerdo cuando Rebecca y yo te trajimos a casa desde el hospital. Estaba oscuro y nevaba, y jamás en mi vida había conducido con tanto cuidado. Tenías tan solo dos días y te llevábamos en una sillita especial, en el asiento de atrás. Rebecca dormitaba a tu lado y, de vez en cuando, yo os miraba a través del espejo retrovisor para verificar que seguáis bien.

Porque, ¿sabes?, estaba acojonado. Me crie como hijo único, sin estar acostumbrado a los bebés, y entonces, de repente, me encontré con que me había convertido en responsable de uno que además era mío. Eras tan increíblemente pequeño y vulnerable, y yo estaba tan poco preparado, que me parecía ridículo que te hubiesen autorizado a salir del hospital conmigo. No encajamos desde un principio, tú y yo. Rebecca te cogía con facilidad, con naturalidad, como si hubiese nacido de ti y no al revés, mientras que yo siempre me sentí torpe, asustado de tener aquel peso tan frágil entre mis brazos e incapaz de adivinar qué querías cuando llorabas. No te entendía en absoluto.

Y eso no cambió nunca.

Cuando te hiciste algo más mayor, Rebecca me dijo que era porque tú y yo nos parecíamos mucho, aunque no sé si

es verdad. Espero que no lo sea. Siempre he deseado un futuro mucho mejor para ti.

El caso es que, sea por el motivo que sea, somos incapaces de hablar, razón por la cual intentaré contártelo por escrito. La verdad sobre todo lo que pasó en Featherbank.

Lo del Señor Noche. Lo del niño en el suelo. Lo de las mariposas. Lo de la niña con aquel vestido tan raro.

Y lo del Hombre de los Susurros, claro está.

No va a ser fácil, y me veo obligado a empezar con una disculpa. Durante muchos años, te dije infinidad de veces que no había que tener miedo a nada. Que los monstruos no existían.

Siento haberte mentido.

Primera parte

Julio

Uno

El secuestro de un hijo por parte de un desconocido es la peor pesadilla de cualquier padre. Pero, desde un punto de vista estadístico, es un suceso altamente improbable. El riesgo de que los niños sufran daños y abusos por parte de un familiar en su casa es mucho mayor, y por muy amenazador que pueda parecer el mundo exterior, la verdad es que los desconocidos suelen ser gente decente, mientras que el hogar es, en realidad, el lugar más peligroso de todos.

Y el hombre que acechaba por el descampado al pequeño Neil Spencer, de seis años de edad, estaba perfectamente al corriente de esto.

Moviéndose en silencio, en paralelo a Neil por detrás de unos arbustos, no perdía de vista en ningún momento al niño. Neil caminaba despacio, ignorando el peligro al que estaba expuesto. De vez en cuando, daba un puntapié en el suelo y levantaba una nube de polvo, blanco como la tiza, que envolvía sus zapatillas deportivas. El hombre, que avanzaba con mucha más cautela, oía en cada ocasión el sonido del contacto rasposo del calzado contra el suelo. Y no emitía sonido alguno.

Era una tarde templada. El sol había estado azotando con fuerza y sin miramientos durante la mayor parte del día, pero ya eran las seis y el cielo estaba neblinoso. La temperatura había caído notablemente y la atmósfera había adquirido un matiz dorado. Era una de esas tardes en las que te apetecería sentarte en el jardín, disfrutar de una copa de vino blanco frío y contemplar la puesta de sol, sin pensar

en tener que entrar a coger una chaqueta hasta que hubiera oscurecido y fuera ya demasiado tarde para tomarse esa molestia.

Incluso el descampado, bañado por aquella luz ambarina, parecía un lugar bello. Era una parcela llena de matorrales, que lindaba con el pueblo de Featherbank por un lado y con una vieja cantera abandonada por el otro. El terreno ondulado estaba seco y sin vida, aunque del suelo brotaba algún que otro arbusto tupido, proporcionándole a la zona cierto aspecto laberíntico. Pese a no ser un lugar del todo seguro, los niños del pueblo solían jugar por allí. A lo largo de los años, muchos habían sentido tentaciones de bajar a la cantera, cuyas escarpadas paredes se desmoronaban a menudo. A pesar de que el Ayuntamiento colocaba vallas y carteles, la opinión general era que tendría que hacer mucho más. Al fin y al cabo, los niños siempre encontraban la manera de eludir cualquier obstáculo.

Y tenían la costumbre de ignorar cualquier señal de alarma.

El hombre sabía mucho sobre Neil Spencer. Había estudiado al detalle tanto al niño como a su familia, como si fueran el tema de un proyecto de investigación. El niño no iba muy bien en la escuela, tanto a nivel académico como social, y rendía muy por detrás de sus compañeros en lectura, escritura y matemáticas. Iba casi siempre vestido con ropa de segunda mano. En cuanto al carácter, parecía mayor que la edad que tenía, puesto que exhibía ya rabia y rencor hacia el mundo. En pocos años, quedaría catalogado como un niño acosador y problemático, pero, por el momento, aún era lo bastante pequeño como para que la gente perdonara su conducta alborotadora. «No lo hace aposta», debían de decir. «Él no tiene la culpa de nada». La situación no había alcanzado todavía ese punto en el que Neil pudiera ser considerado el único responsable de sus actos y, en consecuencia, la gente se veía obligada a hacer la vista gorda.

El hombre había estado observándolo. Y no era complicado de ver.

Neil había pasado el día en casa de su padre. Su madre y su padre estaban separados, una circunstancia que el hombre consideraba positiva. Los dos eran alcohólicos, con niveles fluctuantes de conducta. A los dos, la vida les resultaba mucho más fácil cuando su hijo estaba en casa del otro, y a ambos les costaba entretenerlo cuando estaba con ellos. En términos generales, Neil se las apañaba y se defendía solo, lo cual explicaba, hasta cierto punto, la dureza que el hombre había visto desarrollarse en el niño. Neil era un estorbo en la vida de sus padres. Y, evidentemente, no era un niño querido.

Aquella tarde, y no era la primera vez, el padre de Neil estaba tan borracho que no había podido llevar a su hijo en coche hasta casa de su madre y, por lo visto, también le había dado pereza acompañarlo a pie. El niño tenía casi siete años, debía de haber pensado el padre, y había pasado todo el día prácticamente sin compañía. Y por eso Neil estaba ahora volviendo solo a casa.

Pero no tenía ni idea de que acabaría en una casa muy distinta. El hombre pensó en la habitación que había preparado e intentó contener su emoción.

Neil se detuvo en mitad del descampado.

El hombre se detuvo también y miró entre las zarzas para averiguar qué era lo que había llamado la atención del niño.

Entre unos arbustos, alguien había tirado un televisor viejo, que tenía la pantalla abombada, pero por lo demás estaba intacto. Neil le dio un puntapié exploratorio, pero el aparato pesaba y no se movió. Para el niño, aquel televisor, con rejilla y botones a un lado de la pantalla y la parte posterior del tamaño de un bombo, debía de ser como un artilugio de otra época. Al otro lado del camino había unas cuantas piedras. Y el hombre observó, fascinado, como

Neil se dirigía hacia allí, seleccionaba una y la arrojaba contra el cristal con todas sus fuerzas.

«¡Bum!».

Un sonido potente en un lugar silencioso. El cristal no se hizo añicos, pero la piedra lo traspasó y dejó un agujero con los bordes estrellados, como de un disparo. Neil cogió una segunda piedra y repitió el gesto, fallándole la puntería esta vez, pero luego volvió a intentarlo. Con el resultado de un nuevo orificio en la pantalla.

El juego empezaba a gustarle.

Y el hombre entendía por qué. Aquel acto de destrucción trivial era equiparable a la agresividad cada vez mayor que el niño exhibía en la escuela. Era un intento de dejar su huella en un mundo que parecía ignorar por completo su existencia. Tenía su origen en el deseo de ser visto. De ser tenido en cuenta. De ser amado.

En el fondo, eso era lo que el niño quería.

El corazón del hombre empezó a acelerarse, le dolía solo de pensarlo. Salió en silencio de entre los arbustos, por detrás del niño, y susurró su nombre.

Dos

«Neil. Neil. Neil».

El inspector Pete Willis caminaba con cautela por el descampado, oyendo cómo los policías que lo acompañaban repetían a intervalos preestablecidos el nombre del niño desaparecido. Entre una llamada y otra, reinaba el más absoluto silencio. Pete levantó la vista y se imaginó las palabras flotando en la oscuridad, desapareciendo en el cielo nocturno del mismo modo que Neil Spencer parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

Barrió con el haz de luz de la linterna el suelo, proyectando un dibujo cónico, tanto para alumbrar sus pasos como para buscar algún indicio del niño. Pantalón de chándal y calzoncillos de color azul, camiseta con un motivo de *Minecraft*, zapatillas deportivas negras, mochila tipo militar, cantimplora de agua. El aviso había entrado justo cuando acababa de sentarse a disfrutar de la cena que se había preparado, y pensar en que el plato debía de seguir allí en su mesa, sin tocar y enfriándose, hizo que le rugiera el estómago.

Pero había desaparecido un niño y había que encontrarlo.

La oscuridad hacía invisibles a los demás agentes, pero sus linternas seguían iluminando la zona. Pete miró el reloj: las 20:53. El día tocaba prácticamente a su fin y, a pesar de que por la tarde había hecho calor, la temperatura había caído bruscamente en el último par de horas y el aire gélido le provocó un escalofrío. Con las prisas, se había olvida-

do la chaqueta en comisaría y la camisa apenas le protegía contra los elementos. Además, sus huesos empezaban ya a ser viejos —tenían cincuenta y seis años de edad—, aunque la verdad era que tampoco hacía una noche para que los más jóvenes estuvieran a la intemperie. Y muy especialmente un niño perdido y solo. Herido, lo más probable.

«Neil. Neil. Neil».

Sumó a la llamada su propia voz:

—¡Neil!

Nada.

Las primeras cuarenta y ocho horas posteriores a cualquier desaparición son siempre las más cruciales. El aviso de desaparición del niño se había recibido a las 19:39, apenas hora y media después de que el pequeño hubiera salido de casa de su padre. Tendría que haber llegado a su casa hacia las 18:20, pero como la coordinación entre los padres en cuanto a acordar la hora de llegada de Neil había sido escasa, la ausencia no había quedado patente hasta que la madre había telefoneado por fin a su exmarido para preguntar por el niño. Cuando la policía había llegado a la escena del suceso, a las 19:51, la oscuridad se cernía sobre el lugar y habían transcurrido ya cerca de dos horas de las cuarenta y ocho iniciales. Y ahora habían pasado ya casi tres.

Pete sabía que, en la inmensa mayoría de casos, los niños desaparecidos se localizaban rápidamente sanos y salvos y se devolvían a la familia. Los casos de desaparición infantil se dividían en cinco categorías: casos descartables, desaparición voluntaria, accidente o percance, secuestro dentro del ámbito familiar y secuestro fuera del ámbito familiar. Las leyes de la probabilidad apuntaban a que la desaparición de Neil Spencer acabaría siendo resultado de algún tipo de accidente y que el niño sería localizado pronto. Pero aun así, cuánto más avanzaba Pete por aquel descampado, más le decía su instinto que el resultado sería distinto. Notaba una presión agobiante en el corazón. Aunque,

por otro lado, sabía también que cualquier desaparición en la que estuviera implicado un niño le hacía sentirse así. Aquello no quería decir nada. Era simplemente que los terribles recuerdos de lo sucedido veinte años atrás emergían a la superficie y arrastraban con ellos malas sensaciones.

El haz de luz de la linterna enfocó un objeto de color gris.

Pete se detuvo en seco y volvió a enfocar hacia aquel punto. Debajo de unos arbustos había un viejo televisor con la pantalla rota por varios lugares, como si la hubieran utilizado a modo de diana para hacer puntería. Se quedó observando el aparato unos instantes.

—¿Alguna novedad?

Era una voz anónima que preguntaba desde la cercanía.

—No —respondió Pete.

Después de una búsqueda infructuosa, Pete llegó al otro extremo del descampado al mismo tiempo que los demás agentes. Y una vez que hubo dejado atrás la oscuridad, la luminosidad decolorada de las farolas de la calle le resultó extrañamente mareante. En el ambiente había un leve zumbido de vida que estaba ausente en el silencio del descampado.

Instantes después, sin nada mejor que hacer en aquellos momentos, dio media vuelta y echó a andar por donde acababa de venir.

No sabía muy bien hacia dónde iba, pero se encontró sin darse cuenta caminando hacia un lado, en dirección a la vieja cantera que se abría en uno de los extremos del descampado. A oscuras, aquello era terreno peligroso, de modo que se dirigió hacia el grupo de linternas del equipo de búsqueda que se disponía a iniciar sus trabajos en la cantera. Mientras unos agentes recorrían el borde y enfocaban las linternas hacia la ladera mientras seguían llamando a Neil, el grupo al que se había acercado Pete estaba consultando mapas y preparando el descenso por el abrupto sen-

dero que conducía hacia el fondo. Cuando Pete llegó junto a ellos, un par de hombres levantaron la cabeza.

—¿Señor? —dijo uno de ellos reconociéndolo—. No sabía que hoy estuviera de guardia.

—Y no lo estoy. —Pete levantó la cinta de la valla de protección para pasar, se agachó y se sumó a ellos, vigilando dónde ponía el pie—. Pero vivo al servicio de este pueblo.

—Entendido, señor —contestó el agente con ciertas dudas.

No era habitual que un inspector se presentara para llevar a cabo un trabajo duro y monótono como aquel. La inspectora Amanda Beck estaba coordinando la incipiente investigación desde su despacho en el departamento y el equipo de búsqueda que exploraba sobre el terreno estaba integrado principalmente por agentes sin rango. Pete imaginó que tenía muchas más horas a sus espaldas que cualquiera de ellos, pero aquella noche quería ser simplemente uno más. Había desaparecido un niño, lo que significaba que había que encontrar a un niño. El agente que acababa de interpelarlo tal vez era demasiado joven para recordar lo que había sucedido con Frank Carter hacía ya dos décadas y para comprender por qué a nadie debía sorprenderle encontrar a Pete Willis trabajando en circunstancias como aquella.

—Vigile por dónde pisa, señor. El terreno es un poco inestable.

—No se preocupe.

Y también lo bastante joven como para considerarlo también un viejo, al parecer. Seguramente no había visto nunca a Pete en el gimnasio del departamento, que visitaba cada mañana antes de empezar a trabajar. A pesar de la diferencia de edad, Pete apostaría lo que fuera a que podía levantar más peso que aquel joven en cualquier máquina. Vigilara por dónde pisaba, efectivamente. Vigilarlo todo, incluso a sí mismo, era una reacción instintiva en él.

—De acuerdo, señor, bueno, el caso es que estamos a punto de bajar. Coordinándolo todo.

—No soy el responsable de la operación. —Pete apuntó con la linterna el sendero para inspeccionar el escabroso terreno. El haz de luz alcanzaba una distancia muy corta. El lecho de la cantera no era más que un enorme agujero negro—. Su superior es la inspectora Beck, no yo.

—Sí, señor.

Pete siguió mirando hacia abajo, pensando en Neil Spencer. Las rutas más probables que podía haber seguido el niño ya habían sido identificadas. Se habían recorrido las calles. Se habían puesto en contacto con sus amigos y no habían sacado aún nada en claro. Si la desaparición del niño era resultado de un accidente o de una desgracia, la cantera era el único lugar que quedaba donde tenía algún sentido encontrarlo.

Pero el mundo negro que se extendía bajo sus pies se percibía completamente vacío.

No podía saberlo con seguridad, al menos aplicando la lógica. Pero sabía por instinto que no encontrarían a Neil Spencer allí.

Que muy posiblemente no lo encontrarían nunca.